

derarse "apartamiento de la buena tradición española" la descripción minuciosa de la belleza de Meliselda después del baño? Tales desarrollos descriptivos no suelen pertenecer a los romances primitivos, pero sí se encuentran en versiones tan finas y valiosas como el romance de *La misa de amor*, *Don Bernaldino*, *La dama y el pastor* y el exquisito fragmento que comienza "De la luna tengo queja / y del sol mayor pesar". Por último, si no comprendo mal, Menéndez Pidal ve en las comparaciones del fragmento (rostro brillante como una espada, cejas como arco de acero) "tópicas comparaciones de gusto árabe" que provienen de las "abundantes influencias del medio exótico en el cual vivía [el romancero sefardí]". La primera, por lo menos, de esas comparaciones es tan frecuente en la literatura peninsular (AMÉRICO CASTRO, *España en su historia*, Buenos Aires, 1948, pág. 679), que mal puede tomársela como indicio de influencias recibidas fuera de España.

FRANCIS M. ROGERS, *Insular Portuguese Pronunciation: Alleged Flemish Influence*. Págs. 211-221.

Las relaciones dinásticas entre Portugal y Borgoña parecen haber favorecido la colonización flamenca de las Azores, de la que quedan vestigios en algunos apellidos y nombres geográficos. La lengua de los colonizadores se había perdido ya a comienzos del siglo XVI y, en efecto, contra vagas afirmaciones de persistencia racial y lingüística, el autor no ha hallado rastro alguno del tipo físico ni de la pronunciación de Flandes. El estudio termina enumerando varias notas del habla de Flamengos, localidad de Fayal, que no son, en modo alguno, según se previene, peculiares de Flamengos, ni siquiera de Fayal.

MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL

Berkeley, California.

MARÍA CONCEPCIÓN CASADO LOBATO, *El habla de la Cabrera Alta. Contribución al estudio del dialecto leonés*. Madrid (Imp. Aguirre), 1948, xx + 192 págs.

Van apareciendo con relativa frecuencia monografías dialectales de diferentes puntos de la Península Ibérica que, sumadas a las que nos llegan de las hablas locales hispanoamericanas, hacen esperar que en el transcurso de pocos años la recolección de datos para la dialectología hispánica será lo bastante copiosa para abarcar en grandes síntesis geográficas e históricas el conjunto de nuestros dialectos. Este crecimiento numérico va acompañado de una orientación metódica cada vez más precisa. Buena prueba de ello es la tesis doctoral de la señorita Casado, que acaba de merecer el premio extraordinario en la Universidad de Madrid. La comarca que estudia pertenece al leonés occidental, y el relativo aislamiento en que ha vivido le da un carácter marcadamente arcaico. A pesar de ser un habla por completo iliteraria, mantiene todavía cierta coherencia interna, fonética y morfológica frente a otros dialectos leoneses que ofrecen un grado de descomposición mucho más avanzado.

Ha hecho bien la autora en prescindir de cuestionarios previos y limitarse a convivir con la gente y dejarla hablar, ya que es difícil vencer el recelo de los lugareños ante un interrogatorio lápiz en mano. Por

otra parte, los cuestionarios son indispensables en los atlas lingüísticos, porque sólo así pueden compararse a grandes distancias los fonemas y formas que nacieron de una base histórica común. En cambio, el estudio monográfico de un habla local ha de tener muy en cuenta los fenómenos imprevisibles que surgen espontáneamente en la conversación diaria. En el caso de un atlas, el dialectólogo pasa por los pueblos; en el de un habla local, reside en ellos. La autora no se ha limitado, sin embargo, a darnos las transcripciones exactas y la cuidadosa información descriptiva del estado actual del habla estudiada, sino que, para dotar a su excelente trabajo de la base comparativa necesaria, pone a contribución toda la bibliografía dialectal, no sólo de las comarcas vecinas, sino también de todas las hablas peninsulares y americanas que hasta hoy han sido estudiadas. Esta información bibliográfica, que no vacilo en calificar de exhaustiva hasta donde pueda cumplirse esta aspiración, hace encajar cada uno de los hechos lingüísticos en el conjunto del mapa dialectal hispano, y nos ofrece una visión articulada y orgánica del habla de la Cabrera Alta. Con ello ha evitado el localismo encerrado en sí mismo de que suelen adolecer estos estudios, y ha logrado ampliar el interés de su trabajo.

Además de este acierto de enfoque, hay que señalar numerosas aportaciones llenas de interés en el cuadro de los dialectos occidentales. Por ejemplo, el capítulo destinado a la morfología verbal me parece singularmente logrado, y nos ofrece datos valiosos como los de primera persona plural del pretérito de los verbos en *-ar* (*pecudeimos*, pág. 79), que se propagan al futuro (*filareismos*, pág. 82). Aunque la autora, con buen acuerdo, no ha querido arriesgarse demasiado en materia etimológica, algunas sugerencias suyas como la de *bergancias* (pág. 97) y la de *cubiello* (pág. 153) apuntan a una solución a mi modo de ver exacta. Finalmente, el libro que comentamos no se ha ceñido al estudio lingüístico. En el capítulo *Palabras y cosas*, abundantemente ilustrado con dibujos y fotografías, reúne datos sobre la casa, el carro, el ganado, las pequeñas industrias y los cultivos más característicos del país, que serán debidamente utilizados por los etnólogos porque representan una fase, sin duda alguna muy primitiva, de la civilización rural.

SAMUEL GILI GAYA

Madrid.

ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA, *Del Lazarillo a Quevedo*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1946, 426 págs.

Trabajos diseminados en revistas, y algunos prólogos ya conocidos. Aunque nada hay, pues, en este libro que suponga una novedad, es muy de agradecer que se hayan puesto juntos y a la mano de los estudiosos estos trabajos dispersos y, en muchos casos, de difícil hallazgo.

Se abre el volumen con el artículo *Leyendo el Lazarillo de Tormes, Notas para el estudio de la novela picaresca*, que fué publicado en la revista madrileña *Escorial*, 1944. En este trabajo, González Palencia, aparte de observaciones de contenido y de influencias en el *Lazarillo* ya conocidas en sus líneas generales, insiste en la paternidad de don Diego Hurtado de Mendoza; pero no logra aportar nada convincente al desciframiento del anonimato que rodea a la extraordinaria novelita.